

PRESENTACIÓN / FOREWORD

Como los grandes emperadores de la antigua Roma, Napoleón Bonaparte acabaría siendo conocido por su nombre de pila. Y así sucede hasta el presente. No hace falta más que poner en un buscador como *Google* la palabra “Napoleón” para corroborarlo. Los quebraderos de cabeza que provocó en los políticos y militares europeos, al alterar a su antojo el *statu quo ante bellum* de Europa, así como los enormes raudales de tinta vertidos sobre él, le convirtieron en el hombre más popular (también impopular y detestado) de su tiempo. La progresiva admiración del militar victorioso y del político sibilino y la construcción y difusión de forma paralela de una imagen mitificada del personaje están directamente relacionadas con su ambición desmesurada y su política expansionista. Napoleón se convirtió en un antropónimo omnipresente en los medios de comunicación de la época –prensa y panfletos fundamentalmente, que eran leídos y también escuchados–, y que, para bien o para mal, contribuyó al proceso de politización de las masas populares de las sociedades europeas. En este sentido, pueden verse, por una parte, los recientes trabajos historiográficos que componen el dossier “La politisation des anonymes dans l’Europe napoléonienne”, en ENGELS, Jens Ivo; MONIER, Frédéric; PETITEAU, Natalie, *La politique vue d’en bas: pratiques privées, débats publics dans l’Europe contemporaine (XIXe-XX siècles)*, París, Armand Colin, 2011. Por otra, la ingente cantidad de documentación administrativa que generará la política de Bonaparte en los Estados europeos referente a la Francia napoleónica. Y, finalmente, la cantidad de obras de distintos géneros de los autores del Romanticismo que orientaron su catalejo tanto hacia la Francia posrevolucionaria como hacia la figura excepcional de Napoleón. Todo ello, como apuntamos, permitió la pronta forja de una imagen mítica del personaje que ha ido pasando de generación en generación y que aún sigue estando muy presente en numerosos trabajos historiográficos y en otros medios de mayor divulgación, como en su momento estudiaron de forma prolija Jean Tulard (*Napoléon, ou*

le mythe du sauveur, París, Fayard, 1977) y Natalie Petiteau (*Napoléon, de la mythologie à l'Histoire*, París, Éditions du Seuil, 1999), entre otros.

En efecto, Napoleón se ha convertido, y con razón, en un personaje legendario. Sus múltiples facetas han permitido que cada cual encuentre en él lo que quiere ver: el héroe, el villano, el genio tanto político como militar, la manifestación de la voluntad, el estratega, el semidiós, el sanguinario, el traidor, el tirano, el demonio o la bestia del Apocalipsis. En todos los países, desde Gran Bretaña a España, desde Rusia a Portugal, lo caricaturizaron con odio y con ironía no exenta de gracia y desenfado. Pero ahí estaba el mito y el antimito rodeado de su leyenda blanca y negra, tan odiado como admirado, frío y calculador aunque no contara con el espíritu de los pueblos capaces de sustituir a los ejércitos y romper la dinámica bélica en que basaba su fuerza y poder el emperador de los franceses que quiso serlo de toda Europa.

Porque el fin de Napoleón era conseguir la hegemonía francesa sobre Europa; a su vez, el objetivo a batir para la mayoría de los europeos, en el plano político y en el militar, era Napoleón y los distintos miembros de la nueva dinastía Bonaparte que el emperador colocó ajedrecísticamente en diversos Estados europeos. En este contexto tuvieron lugar las denominadas «Guerras Napoleónicas» y en esta dialéctica entrará en liza todo el potencial humano y propagandístico de los Estados europeos, como la movilización de los ejércitos y de los pueblos (insurrecciones populares y guerras de liberación nacional), los agentes diplomáticos y la propaganda en sus múltiples variantes. Monarcas, príncipes y hombres de Estado europeos habrán de entablar negociaciones o enfrentarse con un genio militar de desmesurada ambición política, hecho a sí mismo y convertido en emperador, quien por todos los medios, bélicos y diplomáticos, intentará construir un nuevo orden europeo bajo sus directrices políticas y administrativas (cabe destacar en este punto la reciente celebración del Symposium International «*L'Empire: une expérience de construction européenne?*», Bruselas, 20-22 de octubre de 2011).

El dossier que aquí se presenta dedicado a “Los políticos europeos y Napoleón” tiene por objeto ofrecer diversas visiones, todas ellas complementarias y concurrentes en muchos puntos, de la imagen que de Napoleón Bonaparte se forjaron sus contemporáneos europeos, y viceversa, así como de las relaciones y confrontaciones habidas entre éste y algunos de los principales actores políticos europeos.

Gerárd DUFOUR centra su objeto de estudio en las relaciones e imágenes recíprocas habidas entre Napoleón y Fernando VII, a quien el emperador francés menospreciaba por el mero hecho de ser un Borbón y a quien dio en todo momento el simple e intencionado tratamiento de «príncipe de Asturias».

Pero la «maldita guerra de España» –a la que se refiere Napoleón desde su exilio en la isla de Santa Elena y que, por cierto, da título a uno de los libros recientes más renovadores sobre la Guerra de la Independencia, obra del hispanista Ronald Fraser– fue un punto de inflexión en el declive del poder napoleónico en Europa, hasta el punto que, finalmente, mediante el Tratado de Valençay (1813), el emperador se verá forzado a ceder el trono de España a un hombre a quien tenía por cobarde y servil y que claramente menospreciaba. Ya desde los acontecimientos conocidos como «la conspiración de El Escorial» (1807), Napoleón pudo formarse una opinión bastante negativa sobre el heredero a la corona de España. La facilidad con que el emperador logró dirigirle a Bayona en 1808 y la poca resistencia de Fernando a sus designios, no harían más que corroborar esa primera impresión y Fernando de Borbón permanecería cautivo, con todas las comodidades, en el Château de Valençay mientras la mayoría de sus súbditos españoles se batían en armas durante largos y cruentos años contra el invasor francés en nombre y defensa de su venerado y cautivo monarca (Fernando VII).

El trabajo de Alicia LASPRA RODRÍGUEZ abarca el estudio de las imágenes discordantes que de Napoleón Bonaparte se forjaron en Gran Bretaña desde que éste fuera promovido a general y comenzara a obtener sonadas victorias militares (1795) hasta que fuese coronado de forma peculiar emperador de los franceses (1804). La percepción del general Bonaparte en la sociedad del momento y sus representaciones sufrió una clara evolución en los medios británicos, condicionada por la propia carrera meteórica de Napoleón y por los distintos tiempos históricos en cuanto a relaciones diplomáticas se refiere. Este estudio se enmarca, pues, en el campo de la *imagología* y pretende ofrecer una revisión de la evolución de la controvertida y fluctuante imagen de la Revolución Francesa y de Napoleón Bonaparte que algunos de los más eximios políticos y hombres de letras británicos (William Pitt, Edmund Burke, etc.) contribuyeron a conformar, así como la influencia que todo ello tuvo en diversos poetas románticos (como Wordsworth o Lord Byron), quienes también actuaron como mediadores de los acontecimientos ante la ciudadanía británica. Como demuestra la profesora Laspra con su aportación, tanto la Revolución Francesa como la figura de Napoleón Bonaparte fueron instrumentalizadas en Gran Bretaña por *Whigs* y *Tories*, en función de la concepción ideológica e intereses coyunturales de cada grupo político. Al igual que sucedió en otros países, la imagen inicial del genio militar Bonaparte, motivo de admiración para muchos, pronto se vería sobrepasada por su omnívora apetencia política y territorial, prevaleciendo una imagen bastante generalizada de tirano y traidor a los originarios y verdaderos ideales revolucionarios.

Marie-Pierre REY, por su parte, focaliza su atención en las fluctuantes relaciones franco-rusas durante las dos primeras décadas del siglo XIX y finaliza con una reflexión sobre el protagonismo del zar Alejandro I en el Congreso de Viena (1814-1815) y la evolución ideológica con respecto a lo que debería significar para Europa la Santa Alianza, convertida fundamentalmente en la principal vacuna para erradicar el virus del liberalismo. Tras ofrecer un acercamiento a la vida y personalidad de Alejandro I de Rusia y a las circunstancias que rodearon su llegada al trono en 1801, el grueso del artículo se centra en las relaciones cambiantes entre el zar y Napoleón y en los orígenes de las tensiones que devinieron en el sanguinario conflicto armado franco-ruso, así como en las consecuencias a corto y medio plazo que se derivarían de la victoria rusa ante los ejércitos napoleónicos. Alejandro I saldría reforzado del conflicto y estaría llamado a jugar un papel importante en el Congreso de Viena y en el Tratado de la Santa Alianza. Como señala la profesora Rey, la transformación espiritual que sufrió el zar a lo largo de su trayectoria vital fue pareja a una visión del mundo cada vez más paranoica, lo que le hizo entender la Santa Alianza como un mero instrumento represivo al servicio de las potencias cristianas contrarrevolucionarias.

Remedios SOLANO RODRÍGUEZ nos presenta una aproximación biográfica a un personaje clave de la vida pública alemana durante la época napoleónica: el barón Karl vom und zum Stein. Von Stein fue un eficiente funcionario al servicio de Prusia, cuyo deseo –en palabras de la autora– habría sido convertir su país en una suerte de Inglaterra continental, y las reformas que en esta dirección aprobó durante su etapa al frente del gobierno prusiano –consideradas una *revolución desde arriba* en un país anticuado e inmovilista– son en cierto modo comparables con las que Napoleón llevó a cabo para conseguir la modernización de Francia. Von Stein se instaló en Berlín desde 1804 para ocuparse del Ministerio de Finanzas y Economía. En varias ocasiones intentó persuadir al monarca Federico Guillermo III de Prusia de la conveniencia de romper relaciones con París. Tras las batallas de Jena y Auerstedt (octubre de 1806), el ejército francés ocupó el territorio germano y las condiciones impuestas a Prusia en el Tratado de Tilsit (julio de 1807) serían de enorme dureza: pérdida de gran parte de su territorio y una indemnización de guerra de 120 millones de francos. Ese talante reformista de Stein hizo que el político prusiano llegara a ser en cierto modo admirado por Napoleón y, en un primer momento, el político prusiano fue visto por Napoleón como una pieza clave para sus planes en Alemania, pero, muy al contrario, aquel acabará convirtiéndose en uno de los más férreos enemigos del emperador. En 1808, tras el comienzo de la Guerra de la Independencia española y al calor de la

sonada derrota francesa en Bailén, aumentaría la repulsa de Stein hacia la invasión francesa y comenzaría a urdir una conspiración contra el emperador francés, pero los servicios de espionaje de Napoleón acabarían descubriendo sus intenciones y Von Stein se vería forzado a dimitir como jefe del gobierno de Prusia y a exiliarse. En 1812, Stein aceptó la invitación del zar Alejandro I para alojarse en su corte e iniciar una campaña propagandística antinapoleónica conjunta. La merma de las fuerzas napoleónicas tras la guerra franco-rusa, unido a otro factor decisivo como fue la suma de derrotas militares en España, propiciaron la *Befreiungskriege*, guerra de liberación que acabaría con el dominio napoleónico en territorio germano.

Beatriz SÁNCHEZ HITTA incide en su investigación en el dispar tratamiento propagandístico que la prensa andaluza –la «patriota» y la «afrancesada»– dio a la alianza del emperador Napoleón con una de las casas reales más antiguas de Europa, la Casa de Habsburgo, a través de su enlace matrimonial con la archiduquesa María Luisa de Austria (11 de marzo de 1810). En concreto, la autora maneja las noticias sobre el particular aparecidas durante algunos meses en las gacetas de Sevilla y de Granada –las más estables de las afrancesadas– y, del otro bando, las publicaciones antinapoleónicas del *Diario Mercantil de Cádiz*, *El Observador* y *El Conciso*, así como alguna información difundida a través de la *Gazeta de la Regencia*. La instrumentalización política de la boda de Napoleón y María Luisa de Austria, en el contexto de la Guerra de la Independencia española, quedó bien patente en la prensa: en los medios josefinos el enlace matrimonial fue interpretado en clave de estabilidad política, como una alianza estratégica con los Habsburgo y, en consecuencia, un acercamiento simbólico y legitimador del emperador francés hacia la figura referencial del viejo emperador de Occidente, Carlomagno; las cabeceras antibonapartistas, sin embargo, a caballo entre la crónica y la sátira política, presentaron el enlace como el detonante de futuras e inminentes hostilidades hacia Napoleón y su política voraz, y el principio del fin de la hegemonía francesa como consecuencia de los presumibles celos y graves conflictos diplomáticos que tal alianza haría aflorar.

Rafael Fernández Sirvent y Vicente León Navarro